

EL UNIVERSAL

Mayo 4/1927

# ¿CUALES ES EL MEJOR GOBIERNO?

Por PABLO DE GONGORA

En México, cada persona se considera el alcaloide del interés público. O, como se acostumbra decir hoy: el "representativo" para recibir los beneficios consignados en las novelas románticas del derecho. Y es que el eterno yo, hace siempre de brújula y de criterio filosófico para que la existencia sea más aceptable. Por eso algún pensador británico dijo: "Nuestra propia vida: he aquí la única cosa importante."

Para cualquier individuo, el mejor gobierno es el que directa o indirectamente hace para él más fácil esa humana labor de conservarse en un medio de bienestar. Y, si se puede, de felicidad. Nada de inquietudes. Horas serenas, ingresos fijos y trabajo reducido. Yo creo que de estos tres postulados u otros gemelos del mismo árbol genealógico, nació la democracia que, como el sol, es la cobija de los pobres.

—Fíjese usted en las injusticias de este gobierno—dice un empleado de categoría entreverada.—Llevo veinte años en el triste puesto que desempeño y no he logrado un ascenso. En cambio, viene uno de la calle, recomendado por una conueña del jefe de Sección, y brinca sobre mí, dejándome como pegado en un asiento del que no me levantaré nunca. De estas cosas debían ocuparse los periódicos y no de lo que dijo Coolidge y de lo que no dijo Kellogg, porque, en final, eso ni nos va ni nos viene. El verdadero progreso del país estriba en mejorar la condición precaria del infeliz empleado. De otra manera, caminaremos a un completo descrédito en el extranjero.

Otro radica el prestigio y la prosperidad de la patria en los impuestos y en su aplicación atropellante y usuraria. No se puede vivir—exclama—en un país donde ha de participar el Estado de todas las utilidades que uno tiene. Vea usted—dice el quejoso, dueño de una pequeña tienda de tabacos—en ninguna parte del mundo se grava el uso del cigarro como aquí. No puede usted fumarse tres chorritos o cuatro delicados, sin que el fisco no le haya dado antes una media docena de fumadas. Donde debía cargarse el gobierno es en la venta del alcohol, imitando a los Estados Unidos, que son los que nos enseñan las prácticas positivas de la vida. Enfrente de mi tabaquería hay una cantina en donde diariamente se arman escándalos y tienen lugar frecuentes riñas. El otro día combatieron casi en plena calle dos bebedores nortños que estaban en el segundo período de la embriaguez y que salían de la taberna en discusión violenta de muchas jotas. Uno de los rijosos apuntó su pistola 45 al intestino grueso de su adversario y el proyectil fue a parar a una de las vidrieras de mi estanquillo, pasando a unos milímetros de altura sobre mi cabeza. ¿Hay derecho a poner así en peligro la vida y la propiedad de las personas que buscan honradamente el puchero y sus aderezos? Otra cosa sucedería si se les impusieran fuertes contribuciones a esos expendios de venenos que son causa de tantos delitos. Con medidas energicas, de esas que llaman de mano de hierro para dificultar el desarrollo de un vicio tan alarmante, el gobierno se haría fuerte como una roca y nos reíríamos de las dificultades internacionales. Créame usted, mientras no se mande clausurar la cantina que tengo en las narices, pocas esperanzas tendremos de que la República esté en paz.

Y a su vez el comerciante en caldos y en líquidos espirituosos, dirige sus lamentaciones pro bebida en censura de las autoridades. El gobierno—exclama—nos lleva por un

desbarrancadero haciendo imposible la estabilidad económica entre nosotros. Pague usted de intoxicación por una botella de coñac tanto como representa el valor de su factura y dentro de poco tiempo no habrá quien beba en México. Sólomente los ricos, que ya son pocos y casi todos pertenecientes a los bloques, podrán darse el agrado de tomarse unas cuantas copas de a tres pesos cada una. El pobre, por el que se ha derramado tanta sangre, también pobre, tendrá que conformarse con un poco de tequilla los días de su onomástico y, los restantes del año, con chiles toreados para suplir los estimulantes a que tiene acostumbrado su estómago desde la infancia. No sé dónde vamos a parar con estos sistemas de gobierno.

El tráfico es otra materia vasta de crítica econonosa a la acción oficial y de funestos presagios a la estabilidad de la administración. El chofer de punto que se pasa las horas del día y de gran parte de la noche recorriendo con etiqueta de "libre", avenidas, callejas y callejuelas en demanda de marchantes diurnos—cobradores, premiados de lotería y portadores de ofrendas florales para las novias o para los muertos—y nocturnos—parejas de "dos", raptores, desvelados o atracadores,—ese chofer digo, es de los más gravemente ofendidos por el régimen gubernamental. Si no se nos impusieran contribuciones tan bárbaras—piensa en su interior—nos morderían tanto que ya tegermos la piel más perforada que la de los morfinómanos; si los técnicos no nos declararan sospechosos a cada momento, otro sería el gallo que nos cantara. El automóvil y los que lo manejamos debería merecer la protección inmediata de los que nos mandan. Y el gobierno se haría grande y modelo de su clase en el mundo, si declarara exentos de todo pago a los coches, dejándolo solamente en mayor escala que ahora, para los que nos hagan competencia.

Son infinitos los razonamientos del ergo que se hace cada persona para desplazar al que lo entorpece en el combate encamisado de la vida. Y no distinguiendo ineptitudes, circunstancias, ambientes y ambiciones muchas veces torcidas, se remite todo el descontento a la fracciones del poder público que persiguen pecuniariamente al mandante, como castigo a la inocencia de haber conferido poderes, por el conocido timo de la elección, a patriotas y reformadores de los que se está apoderando con alarmante voluptuosidad la historia.

Un boceto último del sentir y pensar del individuo como representante del todo mexicano que es la médula de las constituciones. Era un empresario de diversiones infantiles y me decía con la solemnidad augusta del que busca el gasto de su casa: Yo quisiera que me llamaran de las altas esferas para indicarme una forma de solventar la deuda exterior sin dificultades ni angustias de numerario. Bastará con que me den una concesión sin gravamen alguno para explotar en la Alameda y en otros parques de la ciudad la diversión de los caballitos. No sabe usted la cantidad de niños que gozaría con esa su distracción favorita y cómo aprenderían la equitación para defender a la patria el día de mañana, porque al fin y al cabo y quiérase o no se quiera, es el hombre del porvenir. Pero qué va usted a hacer en esta situación caótica. No hay estadistas ni hombres de números que sepan dónde está la verdadera redención de este país digno de mejor suerte, como decían los liberales de la guerra de tres años.

PABLO DE GONGORA.

# EL GOBIERNO COMO EMPRESARIO

Universal

Mayo 4 / 1927

Por JOSE VASCONCELOS

¿Cuál es la forma de gobierno que corresponde a países como los nuestros de la América Latina? Si es verdad que la democracia es la única forma de gobierno dentro de la cual podremos buscar nuestra salvación, ¿cuál debe ser la tendencia de esa democracia por lo que hace a la manera de emplear el poder público? Convenimos en que el sistema democrático es el único posible entre nosotros para la designación de los que ejercen el mando, pero ya designado el gobierno ¿qué clase de programa hay que desarrollar? ¿Hasta cuándo dejaremos de vivir de imitaciones que ya procedan como en tiempo de Carranza, del sistema primitivo de la tribu o como en los tiempos que corren de un bolchevismo que ni siquiera ha sido leído entre nosotros?

Entre ciertos grupos de revolucionarios de última hora se ha hecho moda ensalzar todo lo indígena y aun se habla de las admirables comunidades indígenas de la época de Atahualpa y de la época de Moctezuma. Fueron admirables para los españoles, porque les permitieron ganarse simpatías entre aquellas masas de esclavos con sólo prometerles un cambio, con sólo demostrarles que sus monarcas no eran personajes divinos. Cuando hay tanta distancia entre el que manda y el que obedece; cuando el súbdito puede verse privado de la noche a la mañana de todo lo que posee y de su misma vida; cuando hay ejecuciones y confiscaciones a gusto del gobernante, no es posible realizar ni la unidad nacional, ni la defensa contra el extranjero. Por eso aquellas "admirables" comunidades de que nos hablan los ignorantes que hoy cortejan la populachera, fueron fácil presa del engaño o de las armas de unos cuantos aventureros. Los pseudocomunistas que hacen la propaganda de Rusia en América, ni siquiera conocen la doctrina que propagan o la desvirtúan deliberadamente, porque se imaginan que de ese modo van a ganarse a los indios para su causa. Copian la táctica rusa de halagar a las masas, pero desconocen, o bien ocultan, lo que tiene de sensato y de científico el credo ruso; entre otras cosas la condenación expresa que del comunismo primitivo han hecho desde hace muchos años, ilustres radicales como Labriola y no sé si también el mismo Lenin. Lo cierto es que lo que menos busca el comunismo contemporáneo es volver a la comunidad primitiva, aun cuando para muchos audaces ignorantes la simple semejanza de las dos palabras: comunidad y comunismo, haya sido todo un venero de discursos encendidos.

Comunistas de este género eran los que justificaban una tiranía militar como la de Carranza—un caso típico de condotierismo,—alegando que Carranza restablecía las comunidades indígenas destruidas por el conquistador y a la vez establecía un gobierno patriarcal, donde todo lo resolvía Carranza conforme a su limitada cabeza, desprovista de talento y de luces. Lo cierto es que aun cuando Carranza hubiese devuelto en efecto muchas tierras a los indios, no habría hecho sino volver al sistema colonial español. Lo cierto es que no fueron los conquistadores los que acabaron con la propiedad comunal en México sino Benito Juárez con sus Leyes de Reforma, que implantaron la moda, entonces universal, de un individualismo radical y optimista. Lo cierto es que el gobierno de Carranza, nacido de un movimiento de liberación, se convirtió en un período de violencia que aún no termina, ni terminará mientras la revolución no acabe de curarse de carrancismo.

Pero así que llegué el instante de reorganizar a México dentro de la disciplina democrática que es como vivir dentro del espíritu

de la revolución mexicana; de la revolución que pensaba alto y obraba claro, antes de que estuviera corrompida por el caudillaje; así que la verdadera revolución se imponga. Así que haya gobierno y no facción vencedora: ¿Cuál va a ser, cuál debe ser el método de acción de ese gobierno? ¿Seguirá, sin método alguno, como los gobiernos que nos han ido llevando al desastre? ¿Se dejará llevar, por un exceso demagógico hacia un parlamentarismo estéril; hacia un período de discusiones que inviten otra vez la aparición del soldado que disuelve asambleas y encarna el Estado?

Por no haber pensado, por no tener resueltos todos estos problemas, por vivir del azar y del golpe de audacia vemos que nuestro suicidio nacional se prolonga dolorosamente. A veces los pueblos, como la antigua Roma, se condenan por estar entregados al frenesí del placer y la abundancia; pero el caso nuestro es todavía más trágico, porque estamos pereciendo de lenta y desesperada agonía.

En pocos países como en el nuestro es tan delicada la acción gubernativa, precisamente porque hemos perdido toda tradición, porque llevamos años de vivir del azar de voluntades más o menos ignorantes o malévolas. Procuren cuando menos los pensadores forjar el patrón que puede servir de norma a un grupo de hombres bien intencionados, el día en que por azar lleguen a hacerse del poder. Los males de México son los más agudos del continente; pero no están libres del virus ninguna de las patrias de habla española de América. Lo que se hace y lo que se piensa en cada

una de ellas influye fatalmente en todas las demás; influye mucho más de lo que nosotros mismos imaginamos.

Supongamos, pues, que llega la ocasión de que un grupo honrado conquiste el poder en Guatemala o en México o en Colombia; un grupo progresista aunque no esté ligado con ningún "ismo"; que todos son de origen extraño y de adaptación inaplicable. ¿Cuál sería la política acertada para un gobierno genuinamente iberoamericano?

Me parece que la pregunta sólo se puede contestar teniendo en cuenta las condiciones económicas y sociales peculiares de nuestra región del planeta. Tenemos económicamente la condición de colonias y esto no lo podemos remediar como se ha hecho hasta ahora, con decretos. Una colonia es una región rica y poco habitada que se explota desde fuera, por medio del capital y el esfuerzo de una nación técnicamente más adelantada.

Es ley de la historia y muy justa ley que los intereses de la humanidad están por encima de los intereses de nación o de raza. Y, la humanidad padece un hambre milenaria que la obliga a derramar se por la tierra para explotar la riqueza donde se encuentre. Por esa razón el problema de las colonias no se resuelve como lo resolvió China construyendo murallas, ni se resuelve, como lo hemos querido resolver nosotros, erigiendo soberanías nacionales de mero derecho. Por eso hemos ido al fracaso. Y un fracaso en el cual—ya es tiempo de que empecemos a reconocerlo—nadie simpatiza con nosotros. Nuestro pecado es haberlo confiado todo al

derecho y nada al deber. La única manera eficaz, la única manera legítima de evitar que gentes extrañas vengan a tomar nuestras riquezas para hacer fortuna lanzándolas a la circulación universal, está en que esa tarea de empresarios que se enriquecen, lanzando por el mundo los tesoros de la tierra, la hagamos nosotros mismos en vez de los extraños. Para los Estados Unidos la democracia ha sido una organización eficaz para desarrollar y para amparar el esfuerzo del empresario. La dicha cívica del pueblo americano la creó la Constitución, pero la riqueza, el poderío, son obra del empresario.

Espíritu de empresa, ya se ha dicho en México, eso es lo que nos falta, ¿pero cómo va a desarrollarse espíritu de empresa en un país donde, de repente, con pretexto de la política, pueden caer sobre un negocio gabelas e impuestos y, finalmente, el decreto de la confiscación? En pueblos de esta manera "turquizados" el que tiene dinero lo esconde y el que trabaja limita su esfuerzo a lo que consume; entre nosotros lo común es que, el que junta dinero lo manda a un banco extranjero. He aquí una de las causas por las cuales, sólo dentro de las garantías y libertades de la democracia pueden prosperar el trabajo y la vida de un pueblo.

El hecho fundamental es que ni nosotros ni ningún pueblo de la hora presente, puede contener ese ímpetu famélico, pero civilizador que, coincidiendo con el desarrollo de la máquina, ha lanzado a los pueblos más adelantados a la conquista de las grandes fuentes de recursos naturales. A esta clase de conquistadores no se les bate, ni con desfilantes ni con balas, se les bate adelantándose a ellos; se les vence trabajando más que ellos, se les derrotan explotando la riqueza mejor que ellos; mejor en el verdadero sentido, con más humanidad y con más ciencia.

Cierto que nuestro atraso técnico nos pone en condiciones de inferioridad para una competencia de esta suerte; pero también para la guerra sufrimos de esa inferioridad. Piénsese, por otra parte, lo que podría hacer un gobierno honrado en un país como México de tan gran riqueza potencial. Un país donde por todos lados hay una empresa que aguarda el humano impulso. ¿A quién le toca allí iniciar la explotación en grande? ¿A la mayor fuerza social con que contamos, el gobierno. Nuestro gobierno debería ser como una gran empresa de mejoramiento colectivo. Atenta primero a la producción y celosa en seguida del reparto. Habiendo honradez arriba ya es muy fácil en seguida imponerla entre los de abajo y siempre hay hombres en todo pueblo; hombres capaces, hombres honestos; lo que pasa es que el tirano no los encuentra jamás; porque tal clase de hombres jamás se le asocian. El que se sale de la ley se ve rodeado sólo de sus congéneres. Pero hasta una prueba de buena fe en el de arriba para que la masa responda. Y eso es lo que México y toda la América necesitan: Una explotación técnica de las grandes riquezas americanas; hecha aceleradamente; hecha febrilmente por nosotros. De esta suerte cuando se presente el extranjero a nuestras tierras en demanda de productos, en demanda de tesoros, podremos vendérselos. En cambio, si sigue pasando como hoy, que no podemos vendérselos, fatalmente el extranjero vendrá a tomarlos.

Por eso me parece tan necesario entre nosotros un tipo de gobierno que podrá denominarse el gobierno como empresa.

JOSE VASCONCELOS

# Por el Ojo de la Llave

Misericordias - Mayo 4/92

## LAS DOS DEMOCRACIAS

Las ventajas indiscutibles que tiene el sistema democrático, tal como se entiende en la América Española, sobre el que usa para el día la tercera República Francesa, pueden apreciarse fácilmente reflexionando en el siguiente párrafo del último discurso pronunciado por el señor Poincaré, jefe del gobierno de aquel país:

"Me opondré de la manera más absoluta—dijo—durante la discusión del presupuesto de 1928, a cualquier proposición o voto que pudiera amenazar y poner en peligro el equilibrio indispensable, que se ha conquistado con tanto trabajo y dificultad. Ahora, como en el principio del año de 1924, estoy dispuesto a enfrentarme con la impopularidad, pero deseo obtener el equilibrio de presupuesto sin aumentar las contribuciones e impuestos."

Desde luego salta a la vista que, aun en Francia, las ideas románticas de Rousseau respecto a la democracia, están en plena revisión. No se explicaría, en efecto, que Poincaré se declarase dispuesto a desafiar la impopularidad, si no estuviera seguro de que su fuerza como gobernante no procede de la popularidad. La voluntad del pueblo resulta, por lo tanto, pésimamente parada, por mucho que acierte el Jefe del Gabinete cuando piensa que el Gobierno sabe mejor que el mismo pueblo lo que conviene a éste.

Indudablemente que los franceses, gobernantes y gobernados, llegaron a esta conclusión, desconsoladora para los demócratas puros, a través de una vía dolorosa de decepciones. De seguro ellos han probado en la realidad las cualidades de la democracia, y no han quedado satisfechos del todo.

Otra cosa les hubiera ocurrido, si proceden como nosotros, en México, por ejemplo. Aquí no hemos tenido tiempo de decepcionarnos del régimen democrático, porque hasta ahora no nos ha sido dable conocerlo. A ello se debe que aún existan muchas personas de corazón sencillo, capaces de soñar en las excelencias del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Naturalmente que nosotros, como los franceses, tenemos leyes irrepugnables, desde el punto de vista de la democracia. Pero mientras los franceses han debido tratar de aplicarlas, una que otra vez, cuando menos, nosotros no, de modo que aún nos queda la ilusión de creer que darían excelentes resultados si las circunstancias permitieran ponerlas en práctica. De aquí que los mexicanos, gobernantes y gobernados, conservemos mucho mejor que los franceses la virginidad democrática.

Una sola observación barrerá las dudas que aún puedan quedar acerca de las ventajas del sistema hispanoamericano de gobierno democrático: el señor Poincaré tiene necesidad de decir que arrostrará la impopularidad, sin pestañar, oponiéndose a cualesquiera votos o proposiciones contrarias a su criterio gubernativo en materia de finanzas. Entre nosotros no hay necesidad ni de decirlo, ni mucho menos de hacerlo, primero, porque no han existido nunca, verbigracia en México, mandatarios a quienes les preocupe el qué dirán del pueblo; y segundo, porque rarísimas veces han existido Congresos que se atrevan a pensar de manera distinta que el gobernante.

Esta favorable situación es precisamente la que permite, como decíamos antes, que sigamos los mexicanos teniendo fe en la democracia, hija antañona, todavía intocada en nuestro país, del Contrato Social.

## PRESIDENCIOMANÍA

Si el cable no miente, la fiebre reeleccionista, que actualmente caldea "las vértebras enormes de los Andes," ha comenzado a incendiar al propio Mr. Coolidge, "lo cual probablemente inclina—dice el mensaje de donde se toman estos datos—su simpatía hacia los candidatos sostenidos por partidarios de la prolongación de los períodos presidenciales o de la reelección."

La fiebre reeleccionista, por lo demás, no es sino un aspecto del morbo presidenciable, endémico en nuestros países medio indios y medio españoles. He aquí una anécdota que, a nuestro humilde entender, lo prueba bastante bien.

Cuentan que en una escuela militar, del país hispanoamericano que ustedes gusten, el profesor de historia patria, teniendo que señalar tema para el primer reconocimiento del año escolar, juzgó oportuno decidirse por el siguiente: "Para qué sirve el conocimiento de la historia."

El catedrático se había preocupado por transmitir a sus discípulos toda suerte de nociones relativas a la importancia que tiene la historia como "maestra de la vida," que la llamara Cicerón, en las lecciones iniciales de curso. Esperaba, por lo tanto, que sus discípulos desarrollarían el tema propuesto con elevación de miras y gallardo impulso cívico. Pero los resultados fueron completamente inesperados.

En efecto, el ochenta por ciento de las composiciones que le sometieron los jóvenes milites, polluelos todavía implumes de la cetrería continental, decían, en síntesis, así: "el conocimiento de la historia patria enseña los caminos más cortos para llegar a la presidencia de la República."

El profesor se mostró profundamente indignado, porque era demócrata, y, además, civilista como agravante. Pero el fruto del concurso escolar no podía ser otro en países como los nuestros, en los cuales el ochenta por ciento de los habitantes machos creen que la meta de la vida es esa silla que Eufemio Zapata deseaba quemar, "para destruir sus VENEVICIOS," palabra que escrita con "v" tiene traslucidos demoníacos, en los que no paran mentes los que ambicionan la silla presidencial, pensando que sólo puede ser referida a ésta, cuando se escribe con "v."

# SECCION EDITORIAL

## La Vanguardia de la Campaña Presidencial

**D**ESDE que se iniciaron los primeros trabajos preparatorios de la próxima campaña electoral, juzgamos indispensable salir cuanto antes del período embrionario de agitaciones estériles y confusas para que se emprendieran construcciones políticas precisas y definidas. No pedimos que se precipitara la campaña, sino que se encauzara debidamente, ya que era imposible aplazarla. Pedimos igualmente que se definieran los grupos y se reunieran las convenciones previas indispensables para que el país pueda emitir a conciencia su voto, o cuando menos, facilitar la realización de las fórmulas democráticas por medio de consentimiento tácito o conformidad presunta.

En nuestro afán de acercarnos lo más posible a la verdad, no hemos reclamado la formación de verdaderos programas de gobierno o plataformas electorales, como hasta ahora se han comprendido tales declaraciones o planes. Bien sabemos que de cada convención, grupo o bandería, tiene que brotar forzosamente un candidato previamente designado, y que es imposible quitar a nuestra política electoral su carácter personalista. Por eso indicamos la conveniencia de ver surgir de cada grupo el factor "hombre", el rasgo distintivo esencial de nuestras contiendas electorales, y no sólo por lo que se refiere a los candidatos, que prácticamente pueden tenerse ya como presentes en la liza, sino por lo que atañe al personal directivo de sus huestes, o lo que podría llamarse su Estado Mayor.

No es que hubiéramos sostenido la conveniencia de una candidatura absolutista, sin programa ni compromisos para con la nación, sino que intentamos reducirnos a la estricta realidad y a la esencia de las fórmulas, en el término medio justo de las posibilidades.

Por eso pedimos que inmediatamente después o al mismo tiempo que el factor personalista, se presentara por cada grupo un programa de verdad, no una proclama lírica y sin límites, sino un verdadero proyecto de gobierno, un sistema de acción definido y concreto relacionado con los puntos fundamentales y palpitantes de nuestros problemas sociales, políticos y económicos.

Esto es lo que no encontramos hasta ahora, o cuando menos, no lo encontramos sino diluido o embotellado entre las mil frases tradicionales de nuestra política electoral. Los programas que hasta ahora se presentan por los grupos más visibles, pueden traspasarse recíprocamente y rodar de uno a otro partido sin modificar la situación. Y es porque en este punto se ha mantenido el procedimiento clásico de lanzar programas de propaganda en vez de proyectos de acción.

En efecto, más que una plataforma de partido político, cada grupo de los que pueden hasta ahora tomarse en consideración, como el anti-reeleccionista, según todas las probabilidades con el general Arnulfo Gómez a la cabeza, o el Partido Nacional Revolucionario que postula al general Serrano, han formulado una especie de catálogo de las necesidades nacionales. El propósito es plausible en ciertos aspectos, pero pecaría de corto si realmente tratara de incluir todo lo que necesita urgentemente el país, y se na-

sa de largo si se toma como compromiso formal y de inmediata realización.

Si se toman al pie de la letra las promesas contenidas en cada programa, no se puede hacer crítica de ningún género. Todo lo que se propone y lo que se ofrece es magnífico y digno de transformarse en hechos fecundos. Pero no estamos en un mundo donde valgan solamente las buenas intenciones, sino que deben tomarse en cuenta los recursos probables de efectividad.

Es de suponerse que en punto a promesas no se queda corta la Convención anunciada para el mes de junio por los elementos obregonistas, sin más diferencia esencial respecto de los anteriores programas, que las declaraciones relativas a la no reelección. Y aún sobre esta materia, la elasticidad verbal y las complicaciones de la política permitirán a los obregonistas sostener iguales postulados que sus competidores, puesto que afirman que en su caso no se trata de una reelección sino de una segunda elección.

Así puede repetirse también que se propugnará por el Municipio Libre, según lo que se entienda por libertad tratándose de municipios, o que se sostendrá la autonomía de los Estados, sin perjuicio de entender tal autonomía según convenga para la marcha de los sucesos políticos. Son precisamente estas fórmulas y otras muchas por el estilo las que calificamos de programas de propaganda. Es claro que nosotros preferimos una campaña ideal, de principios de altas cuestiones sociales, de choques democráticos y carácter legal de votos. Pero en la imposibilidad de acercarse a la perfección nos conformamos siquiera con que no se caiga en el extremo contrario de disputarse la silla presidencial a fuerza de balazos. Si tenemos un sistema inclinado al personalismo, que se haga siquiera un personalismo discreto y de orden, y se aseguren al menos unos cuantos principios fundamentales y prácticos y no se confunda el espíritu público con visiones de paraísos electorales y remotos espejismos de ciudades celestes.

Por lo demás, es seguro que cada candidato de los viables que hasta ahora se perfilan, además de admitir por fórmula los programas respectivos forjados en las convenciones, imprimirán a su plataforma política un sello individual cada día más notorio mientras más adelante la tarea. Así se hará una especie de confirmación o depuración de las vagas ideologías, se ratificarán los puntos más importantes, se presentarán nuevos lineamientos o planes de acción más definidos, y del choque brotará la obra completa y deslindamiento de campos.

No es fácil combinar las necesidades de la política, las conveniencias y los compromisos de partido con las reclamaciones de la opinión y las necesidades primordiales del momento; pero cuando menos hay que aproximarse a la línea media, a la posición de equilibrio estable y a la coordinación de todas las tendencias que constituyen la actividad nacional. En este trabajo es donde podrán distinguirse las capacidades políticas y encontrarse los augurios decisivos de la lucha electoral.